

Andrés Vallés Chordá, “La Sociedad de Conciertos de Sevilla”, *Fígaro*, 26 (Sevilla, Junio 2006), págs. 8-11.

Miguel Angel Rodríguez LorenZo. □

Son muchas las cosas que pueden sorprender de la capital política de Andalucía, en España. Por ello quienes la visiten, sea por breve tiempo y trátense de turistas, asistentes a congresos o investigadores en el Archivo General de Indias, la Escuela de Estudios Hispano—Americanos, el Archivo de Protocolos Notariales, el Archivo Histórico Provincial, la Hemeroteca Municipal o el Archivo Histórico de la Biblioteca General de la Universidad hispalense; o también aquellos que pueden hacerlo por un lapso más prolongado, siempre deben dar rienda suelta a su capacidad de perplejidad, con la seguridad de que no se decepcionarán.

Una de las muchas vetas desde las que Sevilla es fiel a sí misma, en el sentido de corroborar la expresión de que quien no ha estado en ella, es imposible que haya “...visto maravilla...” es la de la cultura. En efecto, en este espacio conviven el teatro, la música en muchas de sus posibles variaciones y expresiones, el cine, la danza, la literatura, el canto... y, por supuesto, ese microcosmos cultural que habita bajo el nombre de *flamenco*... Esa maravilla no radica apenas en la convivencia de géneros, sino también en el hecho de que no es excluyente ni mucho menos clasista o elitista... Tanta calidad posee la agrupación que se presenta en el Teatro de La Maestranza, a 150,00 euros en Patio Central, como la que lo hace en el Auditorio del Instituto Politécnico y Escuela Universitaria Politécnica del Barrio Los Remedios a 6,00 euros (y con carnet estudiantil a mitad de precio) o la que se presenta en el Centro Cívico “Las Columnas” del Barrio de Triana, gratuitamente... Pudiendo ser, incluso, la misma la que lo hace en los tres espacios...

Y tampoco queda reducida a esta circunstancia la maravilla de la activa vida cultural sevillana; sino, sobre todo, en la grata comprobación de que no podía ser de otra manera, porque al andaluz en general, al sevillano en particular y, nos atrevemos a decir, también a los que —teniendo su cuna en otras tierras lejanas o cercanas— logran avecindarse en la ciudad del Guadalquivir, el arte los habita de forma natural y esta condición se manifiesta de forma espontánea en el habla, la mirada, el gesto, la forma de caminar, el saludo...

Todo esto, nos atrevemos a especular, no es en lo absoluto gratuito; sino que guarda correspondencia con ese entorno obra de Dios que es la naturaleza de cielo inmenso y sin colinas que indiquen finitud en la que, desde tiempos de los que no se tiene memoria, la obra de varios pueblos, conducidos en el mito por Hércules el fundador, asentaron la ciudad defendida por corrientes de agua y que, bajo las órdenes no menos míticas de Julio César, fue amurallada para preservarla aún más de los ataques de quienes quisieran apoderarse de ella y sus tesoros. Allí, distanciada por la marcha serena de un río que no se sabe de dónde viene ni hacia donde corre, buscando la mar

del morir que le anunciaba el poeta Jorge Manrique, del barrio de los marineros de Triana y que se cruzaba —hasta el primer tercio del siglo XIX— por un puente de barcas, Sevilla vive su mayor maravilla de cara a una bóveda celeste de azul intenso en el que juegan a capricho todas las formas de nubes y a un esplendente Sol, que plena de colorido el perfil urbano de la antigua ciudad que fue conocida por Hispalis en los tiempos romanos e Isbilla o Isbilya en los de los moros... Ese espectáculo de luz y color en la gris Europa es, necesariamente, el entorno apropiado para que florezca el arte todo y en especial la música.

Efectivamente, es en el horizonte de la música donde mejor se refleja esa realidad maravillosa que encierra Sevilla, desde siempre. En la historia sevillana, andaluza y española son muchas las páginas que dan testimonio de un pasado aderezado por los acordes de la música. Por eso, otra de las fortunas con la que se cuenta en España, Andalucía y Sevilla, es la de disponer de investigadores ganados para poner ante los ojos lectores de especialistas y público en general, esas huellas sonoras del pasado.

Uno de ellos, nativo de las tierras valencianas y vecino de Sevilla con sólidas raíces familiares, es *Andrés Vallés Chordá*, quien reúne condiciones excepcionales para conducir las indagaciones que son necesarias a fin de que ese ayer vuelva a brillar con la claridad diáfana que tuvo en su momento y que con similar intensidad debe hacerlo en la memoria que se enorgullece de su historia.

Esas condiciones son las de aglutinar tres aptitudes de excepción: la del artista con sensibilidad para apreciar la trascendencia de que, hacia el último tercio de la centuria del ochocientos, Sevilla contara con dos teatros (el San Fernando y el Hércules, éste en el barrio de la Feria); la del músico —miembro activo de la Banda Municipal de Sevilla— capaz de valorar con precisión el significado de los conciertos que allí se presentaron y la del historiador con la solidez profesional para sopesar el significado social que esa realidad cultural puede llegar a tener para las jóvenes generaciones, de las que forma parte su hijo Sergio, igualmente con elevado talento musical, a las que corresponderá conducir a la nación española en este siglo que apenas transita por su amanecer.

Una excelente muestra de lo señalado lo constituyen los apuntes que Vallés Chordá adelanta de su investigación sobre la Sociedad de Conciertos de Sevilla, en el N.º. 26 de la revista *Fígaro*, una publicación sostenida por la Asociación de Amigos de la Opera de Sevilla.

En sus cuatro páginas el autor contextualiza la creación de la Sociedad en las repercusiones que tuvo para España la revolución de 1868, la cual significó el derrocamiento de Isabel II, el ensayo fracasado con una nueva monarquía (la de la casa de Saboya, proveniente de Italia) y, finalmente, la proclamación de la república, bajo la tutela de los militares, que también se frustró.

Pero no sólo por lo político, como bien pone de relieve el músico, artista e historiador, alcanzó notabilidad este período de seis años que desembocó en la restauración de la monarquía borbónica en la persona del hijo —Alfonso XII— de la destronada reina. Una agitada vida cultural también se desplegó con los aires que se respiraron en la Península Ibérica después de haber triunfado la *Revolución Gloriosa* y que no desaparecieron cuando ésta pasó a ser un capítulo de la historia española.

En efecto, en Sevilla florecieron los espectáculos musicales, contando especialmente los de ópera y zarzuela, a través de los que España recuperó “...cierto espacio...” perdido (pág. 8).

Ahora bien, este fenómeno social, cultural y musical no fue apenas consecuencia del proceso político que estremeció a España; sino, sobre todo, de la iniciativa de la sociedad y no de la del Estado o, más bien, para ser más precisos, de la confluencia de una y otro, como lo precisa Vallés Chordá, pues para ello fue necesario el ascenso de la burguesía mercantil española y andaluza al poder, lo cual necesitó, por decirlo así, de un *acompañamiento musical* que amenizara el “...status de privilegio...” logrado.

De cualquier modo, tal y como expone el autor, en coincidencia con la historiografía española sobre el siglo XIX, en la cual se ha estudiado la retardada formación de la clase burguesa española y la lenta incorporación de España a las fases del capitalismo que se desplegaba en Europa, este fenómeno también fue tardío con respecto al resto del continente, donde los primeros ensayos de constitución de empresas y actividades culturales, sobre todo musicales, databan del siglo XVIII. Los españoles deberán esperar hasta cerca del último cuarto del siglo XIX: Madrid en 1866 y Sevilla, “...la tercera capital de España...” como se expresa en un documento encontrado por Vallés y suscrito por cuatro profesores de la orquesta de la sociedad de Conciertos, Silverio López Uria, Mariano Tabernero, Antonio Alvareda y Julián Sánchez, en 1871.

Por otra parte esa creación no se dio a partir de la nada, sino sobre importantes antecedentes, entre ellos la propia Banda Municipal de Sevilla que fue fundada en 1849, las sociedades filarmónicas y la orquesta de la capilla musical de la ciudad.

La Sociedad de Conciertos de Sevilla, desde abril de 1871 hasta octubre del año siguiente, tal y como inventarió Vallés Chordá para su investigación, ofreció veintiséis conciertos con obras de Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelshon, Weber y Meyerbeer, entre otros.

En febrero de 1872 fue creada otra asociación para la música en Sevilla, la Sociedad de Cuartetos, para fortalecer el impulso artístico que la burguesía emprendedora, aliada en este propósito común con la aristocracia tradicional culta y los aires de

esperanza por el cambio que se abrieron en España tras la Primera República y de lo que Madrid, Barcelona, Sevilla y Valencia eran el mejor espejo.

Las palabras del barítono sevillano Manuel Crescy, rescatadas del ayer lejano por la pasión investigadora y el amor a la tierra andaluza de Andrés Vallés Chordá, ilustran con bastante precisión la voluntad que animaba a los creadores, impulsores, sostenedores y miembros de la Sociedad de Conciertos: elevar a Sevilla y a España al nivel de las potencias europeas, al menos en el ámbito musical:

“...abrigo la esperanza de ver cumplida mi única aspiración, que consiste en elevar el arte musical á la altura que le corresponde en la hermosa y opulenta capital en que tuve la suerte de nacer.” (pág. 10)

---

□ Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983), Magíster Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1996), Doctorando del Programa de Doctorado *Política, Economía y Sociedad en la Edad Media, Antiguo y Nuevo Régimen* del Departamento de Historia Moderna (Universidad de Sevilla – España: desde Octubre de 2002). Autor de *La Mudanza del Tiempo a la Palabra* (1996) y *Venezuela en Múltiples Miradas* (en prensa.) Coautor de *Primeros Encuentros en la Serranía de Trujillo* (1992), *José Leonardo Chirino y la Insurrección de la Serranía de Coro de 1795* (1996) y *Los Escondrijos del Ser Latinoamericano* (1999). Profesor Asociado del Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes. Integrante del Grupo de Investigación sobre Historia de las Ideas en América Latina de la Escuela de Historia (Facultad de Humanidades y Educación) y co-coordinador de *GRHIAL. Anuario de Estudios de Historia de la Ideas y las Mentalidades Colectivas*.